físicos (contaminación, esquilmación de recursos...) o sociales (desorden), se puede hablar de crecimiento económico sostenible. Frente a ellos, algunos otros heterodoxos consideran que la economía humana es un subsistema de un ecosistema global finito, que no crece ni siquiera cuando se desarrolla, por lo que es evidente que el crecimiento de la economía no puede ser sostenible y la expresión "crecimiento sostenible" debe ser rechazada como contradictoria in terminis.

Por desarrollo se entiende una mejora o despliegue cualitativo de potencialidades. Frente al carácter lineal y cuantitativo del crecimiento, **el desarrollo es un concepto multidimensional** –cuantitativo y cualitativo a la vez– que incorpora los principios de equilibrio en la distribución, autonomía en las decisiones, calidad de vida, capacidad creativa, nivel de disfrute... En función de lo anterior, el desarrollo humano se podría definir como el logro de una serie de metas económico-sociales-culturales que pueden cambiar con el paso del tiempo (objetivo móvil) según la combinación de tres grupos de categorías:

De todo lo anterior se deduce que crecimiento económico y desarrollo no son lo mismo, aunque suelen estar muy interrelacionados: Una sociedad que no logre y mantenga una cierta renta per cápita real y equidistribuida es poco probable que llegue a estar desarrollada. Pero si se viese empujada u obligada a lograr aquellos indicadores de crecimiento a costa de otros componentes del desarrollo (libertades, conocimiento, autoestima y respeto a sus patrimonios), tampoco se puede afirmar que se encuentre desarrollada.

Por desarrollo sostenible se entiende aquel modelo de crecimiento económico que permita satisfacer las actuales necesidades sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer las suyas. Este concepto, de origen socialdemócrata, y muy exitoso políticamente debido a su ambigüedad –es un deseo general, sin precisar mucho el contenido, ni la manera de ponerlo en práctica– entierra otros conceptos más críticos con el sistema económico vigente como el de "límites naturales al crecimiento" usado ya en los años sesenta por el Primer Informe del club de Roma o el de "ecodesarrollo", de los años setenta,

Voces

Patrimonio y sociedad. Caracterizaciones generales en torno al desarrollo local y el Patrimonio

Marcelo Martín

Arquitecto, asesor en temas de Interpretación del Patrimonio

El desarrollo local, en general, ha surgido en forma relativamente espontánea más que por imposiciones de instancias de decisión superiores. Estas experiencias derivan de factores endógenos y de ventajas de situación, entendiendo esta ventajas como aquellos sucesos no determinados voluntariamente y que pueden incidir satisfactoriamente en dicho proceso de desarrollo: una nueva vía de comunicación, la particular dinámica de un sector empresarial local, una renovación en las técnicas de producción o cultivo, etc.

Del análisis de guías teóricas y metodológicas, del estudio de casos y de la amplia literatura que se posee sobre el desarrollo local, puede extraerse la conclusión que no sólo **no existe un modelo único de desarrollo** sino que en casi todos los casos esos modelos no emplean para su ejecución un solo recurso generalista (agricultura, artesanía, cultura, etc.) sino que son una interrelación de propuestas en varias direcciones que hacen a los objetivos de desarrollo.

No existe por tanto desde esta perspectiva la implementación de un sistema de desarrollo local basado exclusivamente en los bienes culturales, bien porque en la mayoría de los territorios el valor de esos bienes como motor de impulso al desarrollo es muy bajo, bien porque no alcanzan a cubrir un espectro deseable de efectividad a la hora de plantear tejido productivo ad hoc, generación de empleo calificado que sea significativo, o impactos que justifiquen inversiones en infraestructuras y servicios.

La explotación de los bienes culturales como eje de desarrollo podría darse en áreas territoriales con una fuerte concentración de los mismos, caso que no es habitual en áreas deprimidas, organizaciones sociales desestructuradas u organizadas sobre actividades de monocultivo, carentes de pueblos con cierta jerarquía en un sistema de ciudades, etc.

De tal forma que, para la mayoría de los territorios que necesitan de este modelo de desarrollo, sustentado en relaciones sociales, económicas y productivas, el sector cultural no alcanza por sí sólo a generar un modelo efectivo ni perdurable al menos a mediano plazo. Son muchos los proyectos abandonados de itinerarios culturales, centros de interpretación en desuso, nulo mantenimiento de vías verdes o carencias de ofertas concretas por desatención de otros sectores (fundamentalmente por parte de la población local y el a veces inexistente tejido productivo privado). Todo parece sustentarse en la iniciativa y recursos ligados a los fondos europeos con poca relación con los sistemas poblacional, económico, institucional relacional, medioambiental y de ocio.

surgido entre analistas del Tercer Mundo como solución de compromiso que pretendía conciliar el aumento de la producción –reclamado perentoriamente por aquellos países subdesarrollados– con su redistribución mundial y con el respeto a los ecosistemas necesarios para mantener la habitabilidad de la tierra.

El paisaje como factor de desarrollo

Cuando, en el título de este apartado, se alude a la relación entre desarrollo y patrimonio paisajístico se está apostando por el concepto cualitativo y complejo de desarrollo antes relacionado que conecta con el de “ecodesarrollo” y – a su vez– se está pretendiendo huir del uso acritico y banal del término “desarrollo sostenible”. Se está apuntando a la necesidad de basar el desarrollo de toda comunidad humana en el conocimiento, valoración y respeto de los principios básicos de organización de cada uno de sus paisajes –la **“vida de sus territorios”**– para poder autogestionar de manera legítima toda intervención sobre ellos, en función de las limitaciones, dificultades y posibilidades que sus recursos

ofrecen y, consecuentemente, no romper el equilibrio de sus sistemas físico-naturales, ni desequilibrar los procesos históricos y culturales que lo han ido dibujando. No debe ser entendida esta pretensión como una “vuelta a la tracción equina”, sino como un intento de conectar inteligentemente lo físico-natural con lo cultural e incluso con las posibles rentas monetarias y de disfrute de cada paisaje en esta compleja noción de desarrollo, que rompe su simple confusión con crecimiento y con exclusiva producción de valores pecuniarios.

En un contexto globalizado no debe olvidarse que la conexión con las redes globales ofrece la posibilidad homologada de emergencia, pero la oportunidad de un desarrollo estructural y cualitativo sólo será ofrecida por el reconocimiento y la valoración de lo propio e identitario (SANTOS, M., 1996). Y quizás sea el paisaje –síntesis de patrimonio natural y cultural y expresión común y omnipresente de “inteligencia social compartida” (MARINA, J.A., 2000)– el vehículo más accesible para promocionar el desarrollo de los territorios más banalizados por la globalización.

Ahora bien, la necesidad de estimular los programas de desarrollo con nuevas perspectivas, renovando la posibilidad de la cantera de recursos que posee el territorio y, sobre todo realizar un doble juego desde y hacia el territorio en cuanto a las políticas de conservación del patrimonio que llevan adelante las administraciones regionales, puede ser el verdadero aporte que un desarrollo local sustentado en los bienes culturales puede generar.

La dinámica de la estructura socio-económica de un territorio delimitado geográfica, social y culturalmente adolece en general de una dependencia de carácter tecnológico y de conocimientos y, sobre todo de competencias para una apropiación y reagrupación de su patrimonio. Falta todavía mucha conciencia ciudadana para ver al patrimonio como motor del desarrollo, salvo que se lo entienda exclusivamente ligado al turismo, perspectiva ésta que entendemos responde a la dicotomía patrimonio eje vs. turismo eje, cuyos modelos y objetivos no tienen por qué ser taxativamente coincidentes.

Es entonces una visión diferente la de pensar que los bienes culturales pueden desencadenar cadenas productivas, asociacionismo no cooperativo, nuevas relaciones laborales así como la creación de un incipiente tejido empresarial innovador (especialmente en áreas urbanas pero de pueblos con baja densidad poblacional). Somos escépticos pero no negativos, quizá esta iniciativa devenga más en propuestas de nuevas políticas de conservación, de implementación de nuevas estrategias de ordenación y comprensión de los territorios que conforman una región y de nuevas relaciones de equilibrio entre administraciones centrales y locales. Respecto de la población y del tejido empresarial local dependerá, como en casi todos los modelos de des-

arrollo local, de la propia dinámica e idiosincracia social, de la cantidad de territorios que pueden llevar adelante con éxito estas propuestas y de la representatividad que realmente tengan los líderes de la población y la empresa, caso que resulta bastante difícil analizar exclusivamente desde el sector del patrimonio.

La dicotomía entre lo global y lo local no está nada resuelta, quizá en escritos o propuestas teóricas. Las importaciones para el sustento del sistema de desarrollo es todavía altamente dependiente, el bombardeo de imágenes y propuestas provenientes de los medios posee una potencialidad con muy poca capacidad de resistencia.

En un modelo de desarrollo local las importaciones son el verdadero factor negativo que, en muchísimos casos es imposible de eludir. Ya sean importaciones de territorios cercanos con áreas metropolitanas de envergadura o bien de centros superiores. ¿Dónde imprime sus folletos el museo local de una comarca cultural altamente diferenciada por su estructura social y productiva dedicada al monocultivo del dátil?; ¿quién proveerá los paneles interpretativos o la señalización en un itinerario cultural por una red de molinos en desuso a lo largo de un río de montaña? ¿Pensamos acaso en un desarrollo local con diseño High Tech en sus centros de visitantes, en redes telamáticas que permitan al usuario virtual visitar nuestra comarca que no tiene en sus escuelas ni un fax?

La relación territorio, población, cultura, y herencia patrimonial (sea esta tangible o intangible) es básico a la hora de pensar en la adopción de un programa de desarrollo local, donde los bienes culturales serán un factor más de explotación en la me-

Bibliografía

AUGÉ, M. Los no-lugares. Una antropología de la sobremodernidad. Barcelona: Edicusa, 1998

MARINA, J. A. Crónicas de la ultramodernidad. Barcelona: Anagrama, 2000

PICON, B. y OJEDA, J. F. De la nature ressource à la nature institutionnalisée dans les deltas du Rhône et du Guadalquivir. Revue Méditerranée. n° 3-4, 1993, pp.69-79

ROGER, A. Court traité du paysage. Paris: Gallimard, Bibliothèque des Sciences Humaines, 1997

SANTOS, M. De la totalidad al lugar. Barcelona: Oikos-tau, 1996

VALENTE, J. A. La naturaleza y el hombre en La Vorágine de J.E. Rivera. Cuadernos Hispanoamericanos, vol XXIV, n° 67, 1967

WILLIS, P. La metamorfosis de mercancías culturales. En Varios Autores: Nuevas perspectivas críticas en educación. Barcelona: Paidós, 1997

>>> dida que la población local los reconozca como propios y se genere el proceso de internalización y comprensión que dicha relación necesita.

Pretender establecer modelos no es intrínsecamente negativo, pero deben realizarse atendiendo a objetivos que no siempre son debidamente contrastados con los actores del proceso, consensuados y asumidos.

La unidad territorial mínima que pueda sostener un proyecto de desarrollo local es el primer factor de posible éxito en este proceso. Dicha unidad debería poseer al menos la característica de poseer elementos naturales, históricos, económicos, funcionales diferenciados de su entorno con límites más o menos precisos y un núcleo cabecera con diversas ofertas.

El segundo tema serían las variables que definen esa unidad territorial como los servicios públicos, infraestructura y equipamientos; áreas gravitacionales y comerciales; criterios naturales e históricos; autoadscripciones o divisiones administrativas.

La caracterización de la población local es otro tema fundamental. Nos referimos a los aspectos sociológicos y recursos humanos de las que se pueden desagregar variables como: problemática y características demográficas; empleo/desempleo; colectivos particulares: jóvenes, mujeres, tercera edad; niveles de cualificación y situación del mercado de trabajo.

No puede haber un respetuoso y sostenible desarrollo local sin una política social y económica a nivel nacional coherente con estos planteamientos.

No podemos pensar en subvencionar también a las poblaciones para que se queden en sus pueblos, como a los agricultores para que sigan cultivando, los ganaderos para que sigan criando animales de consumo, ni mineros que extraigan lo innecesario como si de un parque temático de nuestra cultura se tratara el territorio.

Se hace necesario implementar dinámicas de fomento principalmente a programas ya desarrollados y que pueden perder el rumbo o sufrir procesos endogámicos que acaben con el sistema. También es necesario un conocimiento cabal del territorio para comprender mejor su estructura y caracterización poblacional. Conocer qué quieren y qué están dispuestos a hacer, qué pueden perder y qué pueden ganar al integrarse en este tipo de dinámicas.

El desarrollo local es básicamente una actitud política, ideológica y co-operativa. No debería venir a servir como campo de experimentación de modelos trasladados de la industria o la producción de servicios. Debería ser campo de generación de nuevas posibilidades de desarrollo verdaderamente sostenible y no declamativo y mucho menos un modelo de desactivación de procesos sociales reivindicativos nuevos, que las huelgas generales ya no pueden suplantar.

El desarrollo local debería ser una renovada concepción democrática que equilibre el poder central y sirva de plataforma para otro desarrollo, el humano, fuera de los circuitos convencionales de consumo, diletantismo cultural y hedonismo superficial.